

D

PRENSA LIBRE

No. 690

Guatemala, 29 de octubre de 2017



POSTRE DE LA ÉPOCA

El ayote es un ícono de la gastronomía que durante estos días se consume más.

Pág. 16

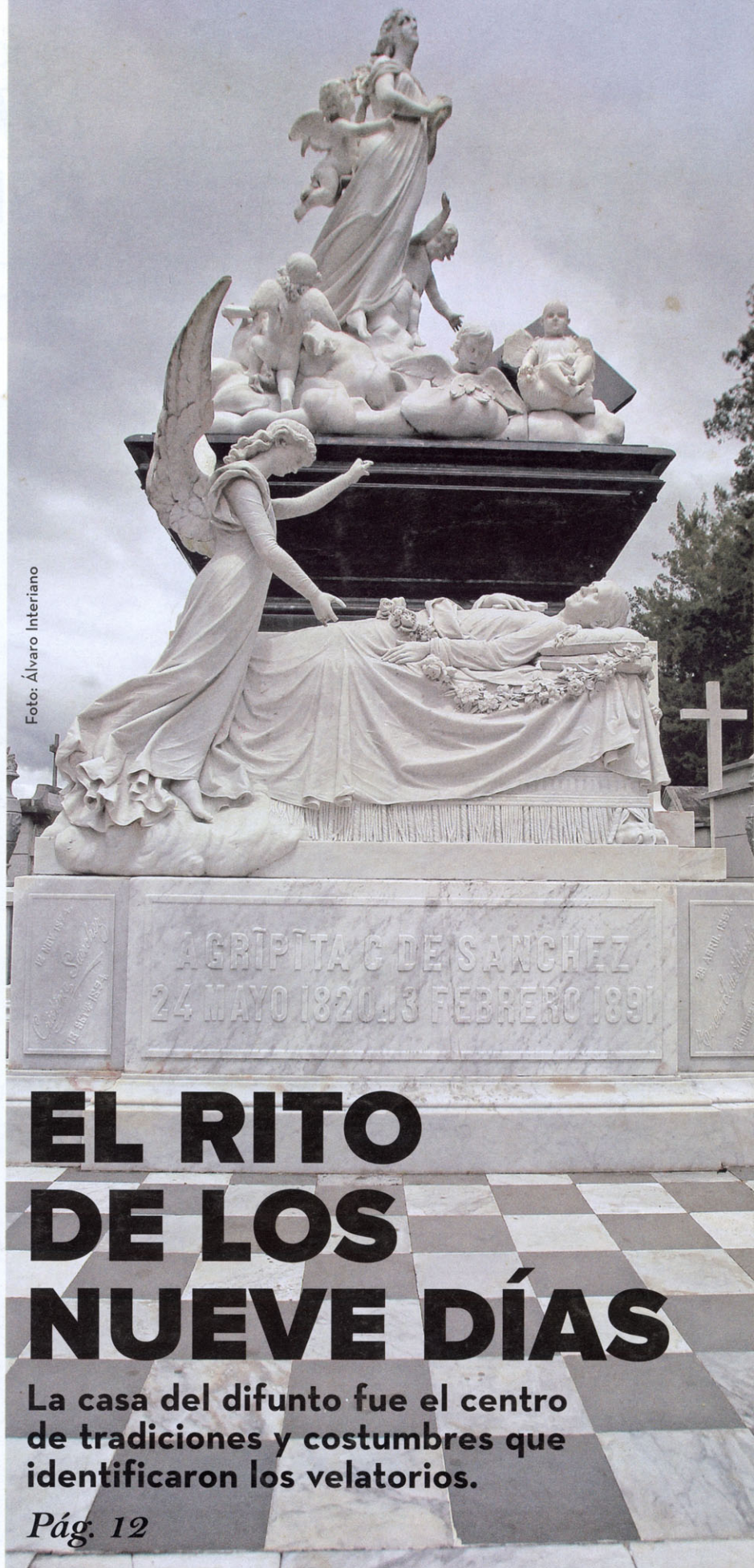


MUNDOS DE AVENTURA

La literatura, la televisión y el cine han creado un universo de ficción.

Pág. 20

Foto: Álvaro Interiano



EL RITO DE LOS NUEVE DÍAS

La casa del difunto fue el centro de tradiciones y costumbres que identificaron los velatorios.

Pág. 12



Foto: CIRMA / Fotografía Japonesa

LA MUERTE, UN PARÉNTESIS DE SOLIDARIDAD

La casa del fallecido fue el punto de reunión de familiares, vecinos y amigos, quienes compartían el dolor y se involucraban en los quehaceres del velatorio.

Por Francisco Mauricio Martínez

Cuando una persona muere, inmediatamente se le viste con su mejor ropa. El rito se efectúa en la cama que utilizó en vida, pero si no usó, se le cambia en el suelo, sobre un petate. Lo que debe cumplirse es que se haga en el lugar donde dormía. Después, el cuerpo se coloca sobre tres tablas y dos bancos hechos de pino, sobre el petatillo, que se compra en las ventas del Mercado Central, del lado de la 6a. calle, de la Ciudad Capital. Las prendas que vistió en vida se le colocan de almohada, porque le servirán para cambiarse y protegerse en el otro mundo.

“Frente al cadáver, sobre una mesita,

se elabora un altar en el cual se coloca un mantel blanco rodeado de tira. Encima se pone un candelero de barro con una vela de sebo de 5 centavos. Al fondo se sitúa un escaparate de madera y vidrio con el santo de la devoción de los habitantes de la casa. Frente a él se coloca un vaso de agua para que el alma que ronda el cuerpo inerte pueda refrescarse cuando tenga sed”, así describió María Piedad de Sicán, en 1977, al antropólogo Max Siguí cómo se acostumbraba velar a los muertos en Lo de Fuentes, Mixco, en el siglo XX.

Las mujeres que llegan, al oír el nombre del fallecido lloran y lamentan su muerte. Algunos hombres también lo hacen, especialmente los que fueron amigos o los que alguna vez lo insultaron o golpearon. Después se sientan en unas sillas alrededor del muerto y guardan silencio, fumando y tomando *cusha*. Algunos cuentan chistes y comentan los sucesos del momento, agrega Siguí, quien efectuó la investigación para el Centro de Estudios Folklóricos (Cefol) de la Universidad de San Carlos (Usac).

“Las vecinas y las mujeres de la casa hierven frijol para dar desayuno y almuerzo al otro día a los que participan en el cortejo fúnebre, para que recuperen las fuerzas perdidas durante la velación y así aguanten el viaje a Mixco, que se acostumbraba hacer a pie y dura tres horas. Nunca se da carne, porque se cree que es comerse al muerto. El frijol se sirve en escudillas de barro y se agrega queso. El color del frijol simboliza el luto y el del queso el paño que se emplea para cubrir el cuerpo”, cita el documento.

Los rezos comienzan a las siete de la noche, porque a esa hora la mayor parte de la gente ya está desocupada. A quienes asisten les sirven una taza de café con un pan de manteca o francés en la cantidad que deseen. Cuando concluyen los nueve días, se hacen tamales, en cuya elaboración participan las mujeres de la casa, vecinas y amigas, a quienes llaman “molenderas”. La comida se reparte a las 8 de la noche. También se preparan chuchitos de carne de cerdo para el almuerzo, resume Siguí.

Los que asisten a la novena llevan flores

y velas. Estas se encienden durante los rezos. Las flores y coronas se guardan, y el domingo muy de mañana la familia sale a adornar la tumba, sin importar las que están marchitas. “Según la creencia de esta comunidad, el alma se desprende del cuerpo en el momento de expirar, con la forma exacta del cuerpo”, cuenta el investigador.

MOMENTO DE UNIÓN

Los velatorios, según el historiador y folclorista Celso Lara, fueron factores importantes de la vida solidaria del país durante los siglos pasados, porque las personas “apoyaban de manera inmensa a los deudos, pues les llevaban frijol, tamales, maíz, azúcar, panela y hasta aportes económicos, que permitían a los dolientes, angustiados por la muerte de su familiar, contar con unos centavos para salir adelante. Los más hermoso era compartir el momento de dolor, como también se hacía con los de alegría”, comenta.

Lara considera que otra de las características valiosas de las pompas funerarias, y que ahora ya no se practican, fue que los velatorios se efectuaban en la casa del difunto, y de allí partía el cortejo, cargado en hombros por familiares y amigos, hacia el cementerio municipal. “Después —a los muertos—, se les ayudaba a descansar en paz con los rezos de las novenas”, asevera.

“Fue hasta mediados del siglo XX cuando surgieron las funerarias, con lo cual se cambió esa costumbre”, explica el historiador y folclorista.

¿QUÉ ES LA MUERTE?

Es un acontecimiento ineludible en la vida del ser humano, quien desde todas las culturas siempre ha buscado darle significado. “El miedo a la muerte se puede analizar como un temor al cambio, a lo desconocido. Cuando un ser querido fallece, angustia saber que no estará más entre sus allegados”, razona la antropóloga Lucía Pellecer en su tesis *Ideas y representaciones de la muerte en la fotografía post mortem en Guatemala, 1890-1950. Reflexiones desde la Antropología de la Imagen*, de la Universidad de San Carlos.

La antropóloga explica que las ideas que las sociedades han desarrollado sobre

la muerte son diversas y experimentan cambios que construyen sus paradigmas de pensamiento. "A partir de estas ideas, el ser humano ha creado una serie de rituales funerarios que le ayudan a entender y aceptar la muerte y que refuerzan las representaciones sociales sobre la vida y la muerte", explica.

Pellecer dice: "Un individuo no puede experimentar su propia muerte, puesto que la experiencia deviene de un estado de conciencia que únicamente es posible en el entendido de estar con vida. Por eso los seres humanos podemos experimentarla únicamente a través de la ajena, de los seres que nos rodean".

EL RITO DE RICOS Y POBRES

El historiador Fernando Urquizú, en su investigación *Las pompas fúnebres en la tradición popular guatemalteca*, cuenta que después de que el fallecido era auxiliado espiritualmente, la familia debía pagar el registro de la defunción y el derecho de enterramiento en alguna capilla de la iglesia o un camposanto. También liquidar dobles de campana para anunciar el hecho a la comunidad. Dependiendo de la posición social del difunto, los dobles podían abarcar desde un cantón o un barrio hasta todas las iglesias de la ciudad.

La situación económica del difunto, agrega Urquizú, también determinaba la contratación de especialistas en preparar el cuerpo para que resistiera las honras que se le rendirían durante la noche, cuyos servicios incluían desde la preservación del cadáver hasta el maquillaje. Se pagaban fotógrafos para los retratos funerarios y también altareros que encortinaban la casa de riguroso luto y confeccionaban la "sala de aparato", un vistoso altar de difuntos frente al cual se colocaba el muerto en su cama.

También se contrataba a músicos y plañideras —mujeres que iban a llorar a los entierros—, quienes debían rezar y entonar alabados especiales para despedir el alma del difunto y comenzar a rogar para que Dios lo recibiera en su santa gloria. El ama de casa, acompañada de familiares y vecinos, organizaba las viandas y bebidas que se servirían a las personas que pronto llegarían a dar el pésame y acompañar la vigilia nocturna.



Foto: CIRMA / Fotografía Japonesa

■ APOYO

La fraternidad entre dolientes y vecinos fue una de las características de las pompas fúnebres en el pasado. En la fotografía de arriba, un cortejo fúnebre sale de la iglesia de San Miguel Dueñas, Sacatepéquez. Abajo, un entierro en cementerio desconocido. Las postales fueron tomadas entre 1900 y 1950.



Foto: CIRMA / Fotografía Japonesa

En la noche, los dolientes y quienes los acompañaban efectuaban una pequeña procesión fúnebre en dirección a la iglesia más cercana o se visitaban varias, según cada caso, "donde se cantaban o rezaban una o varias misas de cuerpo presente, sumadas con responsos de difunto, antes de proceder a su entierro", describe el historiador.

Posteriormente, se llevaba a cabo el novenario en la casa y una misa de nueve días en el templo o en capilla privada. Cuando había posibilidades económicas y espacio, se efectuaba en las residencias. "Los duelos, generalmente, se extendían hasta 40 días, que simbolizaba la permanencia del alma en una etapa de transición antes de ser elevada al cielo, creencia basada en la conmemoración de la Ascensión del Señor", indica Urquizú.

EXTRAVAGANCIAS

Las familias adineradas mandaban a imprimir libros de exequias, que eran pequeños folletos del tamaño de un cuarto de oficio, cuyo contenido era apologético en honor al difunto y se repartía entre familiares, amigos y ve-

Retrato mortuario



Foto: CIRMA / Fotografía Japonesa

Una de las tendencias fotográficas en Europa y Guatemala, entre 1890 y 1950, fue el retrato mortuario o fotografía *post mortem*, el cual se instauró como práctica social y cultural de los rituales que acompañaban a la muerte. "Por el contexto, se puede deducir que se trató de objetos creados para consumo familiar, con el fin de preservar la memoria del difunto", indica la antropóloga Lucía Pellecer.

cin.

Ocasionalmente, según Urquizú, se transportaban de los pueblos de indios circunvecinos a la Ciudad de Santiago más de 300 personas para portar antorchas y hachones, y así iluminar los velorios y acompañar los entierros como se acostumbraba el Viernes Santo en la procesión del Santo Entierro.

FINAL DEL DUELO

Los parientes cercanos tenían la costumbre, especialmente las viudas, de guardar luto por lo menos un año después del deceso. El grupo familiar o social se reunía nuevamente para conmemorar el primer aniversario de la defunción. "Se realizaba otra novena, que debía terminar con la ceremonia denominada 'acabo de año', con lo cual finalizaba el luto.

¿POR QUÉ VELORIO?

Las vigiliias en honor a los difuntos se fueron convirtiendo en animadas reuniones llamadas "velorios", las cuales fueron descritas detalladamente por el arzobispo de Guatemala (1767-1779) Pedro Cortés y Larraz cuando visitó Mazatenango, en 1770. Las describió así: "Las zarabandas consisten en que desde el principio de la noche se junta en una casa o jacal todo género de gentes, hombres, mujeres, casados y libres; tienen su música y bailes toda la noche. Aprovechan otros motivos como que haya algún difunto, lo cual llaman velorio; que se contraiga algún matrimonio o que se lleve una imagen... En los velorios de los difuntos hay zarabandas muy frecuentemente", reitera Cortés.

Urquizú considera que el relato permite deducir el uso corriente del vocablo velorio para identificar la vigilia nocturna posterior al deceso de una persona, como requisito previo al día de su entierro. "Este testimonio nos ayuda a inferir las costumbres populares que han llegado hasta nuestros días en torno de los velorios como la presencia de chistes y relatos animados de los catalogados por el pueblo como 'colorados', por el rubor que produce en algunas personas porque abordan temas de tipo sexual o situaciones de la vida íntima".